

— Bien, dijo. Ahora veremos quién tiene más instinto entre el perro y el hombre.

Dicho esto, salió Gilberto por la pequeña puerta que cerró con dos vueltas, y arrojó la llave por encima de la muralla al estanque, con esa destreza que tienen los paisanos para lanzar piedras.

Pero como la naturaleza, monótona en la generación de los sentimientos, es variada en su manifestación, Gilberto experimentó al dejar á Taverney alguna cosa parecida á lo que había experimentado Andrea. Sólo que de parte de Andrea era el sentimiento del tiempo pasado, y de la de Gilberto la esperanza de un tiempo mejor.

— ¡Adiós! dijo volviéndose para ver por última vez el pequeño castillo, cuyo techo se percibía perdido entre el ramaje de los sicomoros y en las flores de los ébanos. ¡Adiós, casa en que tanto he sufrido, en que todos me han detestado, en que me arrojaban el pan diciéndome que lo robaba! ¡Adiós! maldita seas! ¡Mi corazón rebosa de alegría y se siente libre desde que estoy fuera de tus muros! ¡Adiós, cárcel! ¡Adiós, infierno, cueva de tiranos, adiós para siempre, adiós!

Y, hecha esta imprecación, acaso menos poética pero no menos significativa que otras muchas, Gilberto tomó vuelo para correr tras la carroza cuyo lejano ruido resonaba aun en el espacio.

XVII

El escudo de Gilberto

Al cabo de una hora de desenfrenado correr, Gilberto lanzó un grito de gozo; acababa de percibir á un cuarto de legua de sí el coche del barón que subía una pendiente.

Gilberto sintió entonces un verdadero movimiento de orgullo, porque se dijo que con los solos recursos de su juventud, de su vigor é inteligencia, iba á igualar los recursos de la riqueza, del poder y de la aristocracia.

Entonces sí que hubiera podido el señor de Taverney llamar á Gilberto un filósofo, viéndole caminar con un palo en la mano, un ligero bagaje atado á un ojal, dando rápidas zancadas, saltando desde los talus para economizar el terreno, y parándose á cada momento como para decir desdeñosamente á los caballos:

— No marcháis con bastante presteza para mí, y tengo que aguardaros.

¡Filósofo! ¡oh! sí, ciertamente: lo era entonces, y mucho, si se llama filosofía al desprecio de todo goce, de toda facilidad. Ciertamente, no estaba acostumbrado á una vida muelle, pero ¿á cuántos no hace afeminados el amor?

Era pues, preciso es decirlo, un hermoso espectáculo, un espectáculo digno de Dios, padre de las cria-

turas enérgicas é inteligentes, el de aquel joven corriendo, todo empolvado y encendido, durante una hora ó dos, hasta haber alcanzado la carroza, y descansando con delicia cuando los caballos no podían ya más. Gilberto, en aquel día, no hubiera debido inspirar más que admiración á cualquiera que le pudiese seguir con los ojos del alma como nosotros le seguimos; y ¿quién sabe aun si la soberbia Andrea, al verlo, no se habría conmovido, y si aquella indiferencia que había manifestado respecto de su pereza, no se habría convertido en estima por su energía?

Así se pasó la primera jornada. El barón se detuvo aun una hora en Bar-le-Duc, lo cual dió á Gilberto todo el tiempo necesario, no sólo para alcanzarle, sino para pasarle. Gilberto dió la vuelta á la ciudad, porque había oído la orden dada de parar en casa de un platero; luego, cuando vió llegar la carroza, se ocultó tras un arbolado, y pasada que fué, se puso en su seguimiento como antes.

Gilberto no había comido durante todo el día más que un poco de pan que se había llevado de Taverney, pero, en desquite, había bebido á discreción agua de un magnífico arroyo que atravesaba el camino, y cuya corriente era tan límpida y fresca, tan bordada estaba de berros y ninfeas amarillas que, á petición de Andrea, se había parado la carroza, y se había apeado Andrea misma y bebido un vaso de aquella agua en la taza de oro de la Delfina, única pieza del servicio que, á ruegos de su hija, había conservado el barón.

Oculto detrás de uno de los olmos del camino, Gilberto había observado todo eso.

Así que se alejaron los viajeros, Gilberto fué exactamente al mismo sitio, y puso el pie en el mismo cerrito en que había visto subir á Andrea, y bebió el agua en su mano, como Diógenes, de las mismas olas

en que acababa de apagar su sed la señorita de Taverney.

Luego, bien refrescado, había vuelto á emprender su camino.

Una sola cosa inquietaba á Gilberto, la de saber si la Delfina pasaría la noche en el camino. Si así lo hiciese, como era probable, puesto que después de la fatiga de que se había quejado en Taverney, seguramente tendría necesidad de descanso; si la Delfina pasaba la noche en camino, decimos, Gilberto quedaba salvado. En este caso, sin duda harían alto en San Dizier. Dos horas de sueño en una granja le bastarían á él para volver la elasticidad á sus piernas, que comenzaban ya á entumecerse; luego, pasadas esas dos horas, se pondría de nuevo en marcha, y les sacaría una ventaja de cinco á seis leguas. ¿Se anda tan bien á los diez y ocho años en una bella noche de mayo!

Llegó la noche, envolviendo el horizonte en su sombra, sin cesar más cercana, hasta que invadió el camino por donde corría Gilberto. Bien pronto, no vió del carruaje más que la gruesa linterna colocada á su lado izquierdo, cuyos reflejos hacían en el camino el efecto de una fantasma blanca, corriendo siempre despavorida por las orillas del camino.

Había entrado ya la noche. Llevaban ya andadas doce leguas, llegaron á Combles, y los equipajes parecieron detenerse un instante. Gilberto creyó que decididamente estaba en su favor el cielo. Aproximóse para oír la voz de Andrea. La carroza estaba parada, y él se deslizó en el hueco de una gran puerta, vió á Andrea al resplandor de los hachones, y la oyó preguntar qué hora era. Una voz respondió: las once. En aquel momento, Gilberto no estaba cansado, y hubiera rechazado con desprecio la oferta de subir en un coche.

Es porque ya á los ardientes ojos de su imaginación aparecía Versalles, dorado, esplendente; Versalles, la ciudad de los nobles y de los reyes. Luego, más allá de Versalles, París, sombrío, negro, inmenso: París, la ciudad del pueblo.

Y en cambio de estas visiones que recreaban su espíritu, Gilberto no habría aceptado todo el oro del Perú.

Dos cosas le sacaron de su éxtasis: el ruido que hicieron los carruajes al partir, y un golpe violento que él se dió contra un arado olvidado en el camino.

Su estómago comenzaba también á gritar ¡hambre! Afortunadamente, se decía Gilberto, tengo dinero, soy rico.

Hemos dicho que Gilberto tenía un escudo.

Hasta media noche rodaron los coches.

Á media noche llegaron á San Dizier. Allí era en donde Gilberto tenía la esperanza de que se hospedasen.

Gilberto había andado diez y seis leguas en doce horas.

Sentóse á la orilla del foso.

Pero en San Dizier no hicieron más que relevar, y Gilberto oyó el ruido de los cascabeles que se alejaban de nuevo. Los ilustres viajeros habían refrescado solamente, en medio de los hachones y de las flores.

Gilberto tuvo que apelar á todo su valor. Se puso de nuevo en marcha con una energía tal que le hizo olvidar que, diez minutos antes, le flaqueaban las piernas.

— ¡Bien, dijo, partid, partid! También yo me detendré al momento en San Dizier, compraré pan y un pedazo de tocino, beberé un vaso de vino, que me costará todo un real, y, por mi real, me hallaré más confortado que los *amos*.

Gilberto pronunció con su énfasis ordinario la palabra *amos*, que de intento sublineamos.

Como se había prometido, Gilberto entró en San Dizier, en donde, habiendo pasado la escolta, comenzaban á cerrar las ventanas y puertas de las casas.

Nuestro filósofo vió una posada de buenas trazas, criadas bien ataviadas, criados endomingados y llenos de flores en los ocales, á pesar de ser la una de la mañana, y percibió en los grandes platos de loza pintada las aves de que se había cobrado un fuerte diezmo por los famélicos de la comitiva.

Entró resueltamente en la posada principal, en la que estaban echando la última barra á las contraventanas, y se bajó para entrar en la cocina.

La posadera estaba allí vigilando todo y contando sus ingresos.

— Dispense usted, señora, dijo Gilberto; y déme usted, si tiene á bien, un pedazo de pan y jamón.

— No hay jamón, buen amigo, respondió la posadera. ¿Quiere usted un pollo?

— No, señora, he pedido jamón, porque es lo que deseo; no me gusta el pollo.

— Entonces lo siento, amiguito, dijo la posadera, porque es lo único que hay. Pero créame usted, añadió sonriendo, no le costará á usted más el pollo que el jamón; así, tome usted un medio pollo ó uno entero por dos reales, y hará su provisión para mañana. Creíamos que S. A. R. se hospedaría en casa del señor baile, y que despacharíamos nuestras provisiones á sus equipajes, pero no ha hecho más que pasar, y he ahí nuestras provisiones perdidas.

Con tan buena ocasión y una posadera tan buena, podría creerse que Gilberto no desperdiciaría la oportunidad de hacer una buena comida, pero sería desconocer su carácter.

— ¡ Gracias ! dijo, me contento con menos, pues no soy un príncipe ni un lacayo.

— Entonces se lo regalo á usted, mi pequeño Artabán, dijo la buena mujer, y Dios le acompañe.

— No soy tampoco un mendigo, buena mujer, dijo Gilberto humillado. Yo compro y pago.

Y Gilberto, para unir el efecto á las palabras, metió majestuosamente la mano en el bolsillo de los calzones, en donde desapareció hasta el codo.

Pero por más que buscó y rebuscó, palideciendo, en aquel anchuroso bolsillo, solo sacó el papel en que estaba envuelto el escudo de seis libras. El escudo había estropeado con el movimiento la cubierta, que era vieja y macerada, luego la tela del bolsillo que estaba ya madura, y por último se había escurrido en los calzones, de donde había salido por entre la presilla que estaba suelta.

La palidez y el temblor de vergüenza de Gilberto conmovieron á la buena mujer. Muchas serían las que hubiesen triunfado de ver castigado á un orgulloso, pero ella sufría también del mismo sufrimiento tan bien pintado en las trastornadas facciones del joven.

— Vamos, mi pobre hijo, le dijo, cene usted y acuéstese aquí y mañana, si usted tiene absoluta necesidad de marchar, continuará usted su camino.

— ¡ Oh ! sí, sí ! me es indispensable, no mañana, sino en este momento.

Y, cogiendo su paquete sin querer escuchar nada, se lanzó fuera de la casa para ocultar en la oscuridad su vergüenza y su dolor.

Cerróse la contraventana. Quedó apagada la última luz de la villa, y hasta los mismos perros, fatigados del día, cesaron de ladrar.

Gilberto quedó solo, muy solo en el mundo ; porque ninguno más aislado sobre la tierra que el hombre

que acaba de separarse de su último escudo, especialmente si es el único que ha poseído en su vida !

La noche estaba oscura ; ¿ qué hacer ? Vaciló. Volver atrás á buscar su escudo, era entregarse, primero, á una pesquisa bien precaria ; y luego, esa pesquisa le separaba para siempre, ó á lo menos por mucho tiempo, de aquellos coches que él no podría alcanzar.

Resolvió pues continuar su marcha y se puso en camino ; pero no bien había andado una legua, cuando le acosó el hambre, calmada, ó más bien adormecida un instante por los padecimientos morales. Despertóse más punzante que nunca, cuando una carrera rápida comenzó á agitar la sangre del desdichado.

Luego, al mismo tiempo que el hambre, la fatiga, su compañera, comenzó á invadir los miembros de Gilberto. Con un esfuerzo inaudito, alcanzó aun otra vez la carroza. Pero hubiérase dicho que había en ello conspiración contra él. Los coches sólo se paraban para relevar, y aun esto lo hacían con tal rapidez que, en el relevo, el pobre viajero sólo pudo descansar cinco minutos.

Sin embargo, se puso de nuevo en marcha. Comenzaba á rayar el día. El sol aparecía por encima de una banda de vapores sombríos con todo el brillo y majestad de un dominador, y prometía uno de esos ardientes días de mayo que se anticipan al estío dos meses. ¿ Cómo podría Gilberto soportar el calor de medio día ?

Gilberto tuvo la idea, consoladora para su amor propio, de que los caballos, los hombres y el mismo Dios estaban coligados contra él. Pero, cual Ajax, mostró el puño al cielo, y si no dijo como él : « Yo escaparé, á pesar de los dioses, » fué porque conocía mejor su *Contrato social* que su *Odisea*.

Como lo había previsto Gilberto, llegó un momento en que comprendió la insuficiencia de sus fuerzas y lo

apurado de su situación. Terrible fué ese momento de la lucha del orgullo contra la impotencia. Un instante, la energía de Gilberto se halló doblada con toda la fuerza de su desesperación. Con un último esfuerzo, aproximóse á los coches que había perdido de vista, y volvió á verlos por entre una nube de polvo, á la que le daba un color fantástico la sangre de que estaban inyectados sus ojos. El ruido de las ruedas resonaba en sus oídos confundido con la pulsación de sus arterias. Con la boca abierta, la mirada fija, los cabellos pegados á la frente por el sudor, parecía un hábil autómatá haciendo casi los movimientos del hombre, pero con más tirantez y perseverancia. Desde la víspera, había andado veinte ó veintidós leguas; en fin, llegó el momento en que sus piernas, tronchadas, se negaron á llevarlo por más tiempo; sus ojos no veían ya, sus oídos no oían; parecía que se movía la tierra y giraba sobre sí misma; quiso gritar, y no encontró su voz; quiso contenerse sintiendo que iba á caer, y azotó el aire con sus brazos como un insensato.

En fin, la voz se abrió paso por su gáznate con gritos de rabia, y volviéndose hacia París, ó más bien en la dirección que creía debía estar París, vomitó contra los vencedores de su coraje y de sus fuerzas una serie de terribles imprecaciones. Luego, agarrando su cabello con ambas manos, dió una ó dos vueltas sobre sí mismo, cayó sobre la carretera, con la conciencia, y por consiguiente con el consuelo de haber luchado hasta el último momento, cual un héroe de la antigüedad.

Cayó redondo en tierra, los ojos amenazadores aun y los puños crispados.

Luego cerráronse sus ojos; sus músculos se pusieron tirantes; estaba desmayado.

— ¡Cuidado! ¡Hola! cuidado, rabioso! le gritó,

en el momento de caer, una voz ronca acompañada de los chasquidos de un látigo.

Gilberto no oyó.

— ¡Cuidado, te digo! ó te despachurro, ¡voto á brios!

Y acompañó á este grito un vigoroso latigazo por vía de estimulante, que alcanzó á Gilberto y ciñó su cintura con su flexible correa.

Pero Gilberto estaba insensible, y permaneció bajo los pies de los caballos, que llegaban por un camino secundario que empalmaba con el principal entre Thieblemont y Vauclere, y que en su locura no había él visto ni oído.

Un grito terrible salió del carruaje, al que arrebatában los caballos como á una pluma el huracán.

El postillón hizo un esfuerzo sobrehumano, pero á pesar de ese esfuerzo no pudo contener el caballo delantero, el cual saltó por encima de Gilberto, pero logró detener los otros dos bajo su mano más que el primero. Una mujer sacó la mitad del cuerpo de la caja del carruaje.

— ¡Oh, Dios mío! exclamó asustada, ¿está este infeliz muchacho despachurrado?

— ¡Á fe mía, señora! respondió el postillón tratando de distinguir alguna casa á través del polvo levantado por las piernas de los caballos: ¡á fe mía que así parece!

— ¡Pobre loco! ¡pobre muchacho! ¡No hay que moverse de aquí! ¡Pare usted, pare usted!

Y la viajera, abriendo la portezuela, se precipitó fuera del carruaje.

El postillón había echado ya pie á tierra y estaba ocupado en sacar de entre las ruedas el cuerpo de Gilberto, que él creía ensangrentado y muerto.

La viajera ayudó al postillón con todas sus fuerzas.

— ¡ Vaya un lance ! exclamó éste : ¡ ni siquiera un arañazo, ni una sola coz !

— Pero, sin embargo, está desmayado.

— De miedo, sin duda. Pongámoslo en el foso, y puesto que la señora tiene prisa, sigamos nuestro camino.

— ¡ Imposible ! No puedo abandonar este muchacho en tal estado.

— ¡ Bah ! nada tiene y ya volverá en sí naturalmente.

— No, no. ¡ Tan joven ! ¡ pobre criatura ! Es alguno que se habrá escapado del colegio, y que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Mire usted qué pálido está ; se moriría... No, no ; no le abandonaré. Póngalo usted en la berlina, sobre la banqueta de delante.

El postillón obedeció. La señora había vuelto á entrar en el coche. Gilberto fué depositado transversalmente sobre un buen almohadón, con la cabeza apoyada contra los mullidos tableros de la carroza.

— ¡ Ahora, en marcha ! continuó la joven señora ; hemos perdido diez minutos ; una pistola por esos diez minutos.

El postillón hizo chasquear su látigo por encima de su cabeza, y los caballos, que conocían esta señal amenazadora, partieron al gran galope.

XVIII

En donde Gilberto comienza á no sentir tanto la pérdida de su escudo

Cuando Gilberto volvió en sí, que fué al cabo de algunos minutos, no se sorprendió poco de verse colocado, por decirlo así, sobre los pies de una joven que lo miraba con atención.

Tenía ésta de veinticuatro á veinticinco años, grandes ojos garzos, nariz arremangada, mejillas algo tostadas por el sol meridional ; una boca pequeñita, de un dibujo caprichoso y delicado, daba á su fisonomía franca y jovial un carácter pronunciado de finura y circunspección. Tenía los más hermosos brazos del mundo, que, en aquel momento, se modelaban en unas mangas de terciopelo morado con botones de oro. Los ondulantes pliegues de una basquiña de seda gris á grandes ramos, ocupaban casi todo el coche. Porque Gilberto, no menos sorprendido que de todo lo demás, percibió que se hallaba en un coche arrastrado por el galope de tres caballos de posta.

Como la fisonomía de la señora era risueña y expresaba el interés, Gilberto se puso á mirarla, hasta que se aseguró de que no soñaba.

— ¡ Y bien, hijo mío ! dijo la señora después de un momento de silencio, ¿ al parecer, está usted mejor ?

— ¡ En dónde estoy ? preguntó Gilberto recordando